

BENEDICTO

y los fantasmas del Oriente

Por LENIER GONZÁLEZ MEDEROS

El papa Benedicto XVI, en histórico gesto, habla a la Iglesia y a la comunidad política de la República Popular China.

Catalogada por algunos como una lección magistral de eclesiología y diplomacia, la carta del Santo Padre Benedicto XVI a los católicos de la República Popular China ha sido publicada. En 20 magníficas cuartillas el Pontífice perfila un nuevo escenario para la solución de importantes problemáticas pastorales que laten en el seno de la comunidad eclesial china. Este inmenso país asiático ha sido el espacio donde la gestión diplomática de la Santa Sede -luego de los cambios acaecidos en la Secretaría de Estado vaticana con Benedicto XVI- se ha desenvuelto con mayor dinamismo y creatividad. El documento, hecho público el pasado 30 de junio, conjuga con una delicadeza admirable la altura teológica del Santo Padre y la astucia política de un equipo que coordina el cardenal Tarciso Bertone.

Cuando se termina de leer el documento logramos percibir que su autor está animado por un auténtico espíritu de reconciliación. Un *peculiar* realismo político impregna cada párrafo del texto. Y en mi opinión, esta *peculiaridad* brota del amoroso reconocimiento, por parte del Papa, de la legitimidad de todas las partes en conflicto. Con un lenguaje claro, sencillo, y desprovisto de condenas *anatemizantes*, Benedicto XVI reconfigura los márgenes de una posible solución al *problema chino*, y abre las puertas para que la comunidad política, la Iglesia china y la Santa Sede, puedan dar pasos efectivos hacia un futuro más armonioso.

Es este un documento de largo alcance que no apuesta tanto por la solución de los conflictos a corto plazo, sino que coloca la vista en el futuro. Con esta carta, el Papa pretende sentar las bases para que las sucesiones episcopales en China tengan lugar sin mayores contratiempos para el gobierno y dentro de lo establecido por el derecho canónico.

Más de 40 diócesis que hoy se encuentran sin obispo podrían verse beneficiadas. Este simple hecho tendrá grandísimas repercusiones a largo plazo para la Iglesia en este país.



Los fantasmas del camarada Hu Jintao

El Santo Padre sabe que el futuro de la Iglesia en ese país pasa, necesariamente, por la recomposición de los vínculos políticos entre la Santa Sede y la República Popular China. El hecho de que el Vaticano tenga en Taiwán una representación apostólica con rango de nunciatura, es un factor de peso que en la actualidad atenta contra este propósito. Tengamos presente que China reduce al mínimo sus contactos con aquellas naciones que tienen relaciones bilaterales al máximo nivel con Taiwán. Pero no es este el único elemento limitante, ni creo que sea el más sustancioso y determinante. Otros fantasmas rondan las cabezas de la clase política china en relación con la Iglesia y su papel dentro de la sociedad. El tema del centralismo del poder y la hegemonía del Partido Comunista Chino (PCCh) poseen una actualidad que atraviesa todo el espectro político de toma de decisiones en China. Este hecho podría explicarnos la lentitud con que el gobierno de ese país responde al creciente dinamismo de las propuestas de la política exterior vaticana.

Cuando la nación asiática se encamina a celebrar las tres primeras décadas del inicio de la política de reforma y apertura promovida por Deng Xiaoping, el PCCh se dispuso a celebrar su XVII Congreso con una agenda repleta de desafíos.

Para el actual líder chino, Hu Jintao, uno de los principales retos de la agenda política nacional consiste en reafirmar el liderazgo y la hegemonía del PCCh como fuerza rectora del Estado. La credibilidad del Partido ha sufrido fuertes embates producto de las asimetrías que el proyecto de desarrollo económico provoca sobre la población china.

La estrategia de Hu se basa en la necesidad de dar un impulso a la equiparación distributiva de la riqueza en la sociedad, a cambio de que ésta brinde una nueva oportunidad al PCCh para seguir gestionando en exclusiva el proyecto de modernización del país.

Otra de las tensiones internas tiene que ver con la creciente influencia de algunas provincias y regiones que en los últimos años han logrado erosionar la autoridad central, que hoy carece del poder de antaño. La batalla silenciosa del PCCh contra los líderes políticos regionales y del empresariado, que han alcanzado cierta preeminencia alternativa, tuvo su caso más llamativo en la reciente destitución del secretario general del PCCh en Shanghai. En el fondo de la cuestión subyace un trauma que es ancestral en la cultura política de China: el miedo de las clases dirigentes a ver erosionado el centralismo de un poder milenario que se auto-percibe salvaguarda de los intereses tradicionales de la nación.

Espacio Laical 3/2007

ESPACIO LAICAL

Me detengo en estas realidades internas chinas para que logremos percibir que en la mentalidad de las élites políticas del PCCh la Iglesia Católica puede constituir una quinta columna interna que podría ser lesiva a los intereses de esa fuerza partidista y a la soberanía nacional.

Esta creencia política -que tiene sus precedentes en la llegada de los primeros evangelizadores al país en épocas imperiales- se vio fuertemente reforzada a finales de los años 80 del pasado siglo por el papel que se atribuía al papa Juan Pablo II en la caída del comunismo en Europa del Este. El hecho provocó una fuerte represión contra las comunidades eclesiales clandestinas, acusadas por el gobierno chino de representar los intereses de una potencia extranjera antagonista. Es en este marco de mutua desconfianza donde el Papa intenta esclarecer malentendidos y sembrar confianza donde antes reverdecía la suspicacia.

Habla el Papa

El papa Benedicto XVI con esta carta quiere hacer patente en primerísimo lugar su cercanía a los fieles, y paralelamente, pretende esclarecer tres áreas claves, que de ser tomadas en cuenta por la comunidad política de ese país, pueden repercutir positivamente en un mejor desempeño de la vida de la comunidad eclesial. El supuesto papel político de la Iglesia, la naturaleza y las competencias del ministerio episcopal y el desempeño de la Asociación Patriótica, acaparan las principales líneas discursivas en torno a las relaciones Iglesia-Estado.



El presidente chino, Hu Jintao, durante la inauguración del XXVII Congreso del PCCh.

A lo largo de todo el documento es evidente que al Papa le interesa enviar una clarísima señal al gobierno de Pekín: a la Iglesia Católica no le interesa ejercitar un poder o una influencia política en China. El Pontífice toma de la mano el rico legado teológico del Concilio Vaticano II para afirmar que la Iglesia “no se confunde de ningún modo con la comunidad política y no está ligada a ningún sistema político”, puesto que “la misión de la Iglesia Católica en China no es la de cambiar la estructura o la administración del Estado, sino la de anunciar a Cristo”.

En relación con la naturaleza del ministerio episcopal, el Santo Padre lo despoja de toda pretensión de incursión política y remarca su dimensión en el ámbito de lo estrictamente religioso, ya que “no se trata de una autoridad que se entromete indebidamente en los asuntos internos del Estado y vulnera su soberanía”.

Incluso, podría leerse entre líneas, una posible propuesta de “concordato” o acuerdo marco que permita a la Iglesia y al gobierno chino designar conjuntamente a los obispos, tal y como ha sido práctica habitual en numerosos países del orbe donde las circunstancias lo han requerido.

Sin nombrar directamente a la Asociación Patriótica -la cual ha sido un simulacro de Iglesia Católica nacional independiente de Roma creada por Mao Tse Tung en 1951- el Papa hace mención a “la pretensión de algunos organismos, que el Estado ha querido y que son ajenos a la estructura de la Iglesia, de ponerse por encima de los obispos mismos y de dirigir la vida de la comunidad eclesial, y ello no está de acuerdo con la doctrina católica”.

Lo interesante en este caso radica en el tono conciliador que utiliza el Papa para hablar de la que ha sido una de las principales causantes de los conflictos entre la Iglesia y el Estado en China. La carta papal no pide ni sugiere el desmantelamiento de la Asociación Patriótica, quedando configurada la posibilidad de que evolucione y se transforme en un instrumento oficial de contacto entre la Iglesia y el gobierno.

Uno de los tópicos más interesantes del documento está relacionado con la medida con que el Pontífice aborda el tema de los dos sectores del catolicismo chino: el clandestino y el oficial. Donde la prensa occidental cree ver dos Iglesias divididas y enfrentadas, la mirada conciliadora del Santo Padre ve solo dos actitudes distintas frente a la política religiosa del gobierno. La segmentación entre prelados “oficiales” y “clandestinos” indica solo la existencia o no del reconocimiento dado por los organismos estatales. Pero acto seguido el Papa afirma que esta distinción no comporta de por sí consecuencias para el vínculo de comunión con la Sede Apostólica. Queda de esta manera configurada una política de reconciliación eclesial de largo alcance.

¿Frutos inmediatos?

Aunque es prematuro hacer un balance de los frutos de la histórica carta de Benedicto XVI, algunos hechos apuntan en buena dirección. El primer indicio se produjo el pasado 9 de septiembre, cuando en todas las misas dominicales de la diócesis de Guiyang se informó a los fieles que el nuevo obispo, Pablo Xiao Zejiang, seleccionado por la Iglesia oficial y consagrado el día anterior, contaba con la aprobación del Papa.

Pero sin dejar lugar a dudas, los hechos más significativos acaecidos hasta el presente tienen que ver con las sucesiones episcopales en dos importantes diócesis chinas: Pekín y Shangai. En el caso de Pekín, se trata del nombramiento del nuevo obispo, Joseph Li Shan, de 42 años, con la anuencia tanto de Roma como del gobierno chino; mientras que en Shangai quedaba pactada la sucesión del actual obispo, en un futuro mediato, con el igual acuerdo de todas las partes.

Llama poderosamente la atención, por su sencillez y bajo tono, el método empleado por la Santa Sede para comunicar su complacencia con el nuevo obispo de Pekín. Justo cuando se iniciaba la ceremonia de ordenación episcopal en la catedral pekinesa, la Santa Sede daba a conocer su *placet* desde las páginas del *L'Osservatore Romano*. A pesar de no recurrir a su portavoz oficial, el gesto era inequívoco.

El texto publicado en el diario oficial de la Santa Sede hacía referencia a la consulta previa que la comunidad católica había hecho a Roma para la designación del nuevo obispo. Quedaba claro así que el Papa no se había limitado a aprobar "a posteriori" a un candidato de la Iglesia oficial, sino que le habían consultado previamente, como hacen las diócesis, las conferencias episcopales y los nuncios en el resto del mundo. Monseñor Joseph Li Shan sustituye al frente de la diócesis de Pekín a monseñor Fu Tieshan, fallecido el pasado abril, quién fuera además vicepresidente de la Asamblea Nacional Popular de China y quien nunca fue aceptado por la Santa Sede como un obispo legítimo.

Esta carta del papa Benedicto XVI a la República Popular China constituye un documento pastoral de largo alcance que definitivamente marcará la historia del actual pontificado. Las líneas rectoras del documento, además de dejar traslucir el profundo cariño de un pastor que se siente íntimamente ligado a su rebaño, ensancha hasta límites insospechados las futuras sendas del catolicismo en Asia. El Santo Padre –quién no verá en esta vida las cuantiosas rentas de su gestión pastoral en esta región del planeta- regala a las futuras generaciones de católicos chinos el gozo inconmensurable de celebrar los sacramentos en cálida comunión con el Supremo Pastor de la Iglesia Universal.



Monseñor Joseph Li Shan, nuevo obispo de Pekín.

Bibliografía

Valente, Gianni. *¿Qué cambia después de la carta?* En: Revista *30Días*, Roma, septiembre de 2007.